

La inmortalidad del vacío

Dos palomas volaron velozmente, espantadas de una casa cercana a la loma de una montaña. El sol dejó ver sus últimos rayos, acariciando las tejas y las paredes de ladrillo. En el interior, el suelo de la casa estaba bañado por un rojo carmesí, al igual que las paredes y el techo. Todo indicaba la escena de un crimen, pero no había cuerpo, solo una escopeta humeante, perfectamente colocada al borde de una silla. Entonces, un hombre salió de la cocina con dos esponjas y un balde, dispuesto a limpiar el desastre, dejando todo libre de manchas, casi como si fuera un experto.

—De nuevo, un día cae, y yo sigo aquí, vivo —dijo Caín, tirando el agua rojiza por la ventana. Luego se apresuró a cerrarla y fue a la cocina. Encendió el fuego y puso una olla con agua. Junto a ella, unas hojas verdes, pasta y trozos de pollo. Caín se preparaba la cena, bajo de ánimos.

—Podré ser inmortal, pero el hambre sigue ahí —dijo, mirando su plato de pasta humeante. Luego lo dejó sobre la mesa—. Lo peor es que, después de tantos años, el sabor dejó de importar.

Tomó el tenedor y comenzó su insípido festín. Mientras comía, escuchó un ruido proveniente de su habitación. Caín se levantó de la silla y caminó, sin inquietud. Abrió la puerta y notó que no había

nada allí, a excepción de un papel junto a su cama. “Te encontramos”, decía. Caín le dio la vuelta y notó un símbolo extraño; parecía como una mancha negra con unos ligeros destellos plateados. Entonces, estrujó el papel con rabia y lo botó por la ventana. No sabía qué era y no le dio mucha importancia: “Debe de ser una broma”, pensó, aunque sabía que estaba solo en ese monte. Regresó a la cocina para continuar con su platillo, pero justo antes de darle un bocado, todo se oscureció.

Cuando Caín recobró la conciencia, se percató de que dos figuras oscuras le daban la espalada. Trató de levantarse, pero estaba amarrado con unas cuerdas.

—Hacía años que no me sometían de esta manera —dijo, tratando de llamar la atención de sus captores—. ¿Qué está pasando aquí? —anunció, con un tono burlesco.

Las dos figuras permanecieron inmóviles, como estatuas. Entonces, una tercera emergió de la oscuridad, pero, a diferencia de las dos anteriores, esta tenía una máscara negra con unos destellos plateados en la frente. Sin previo aviso, le dio un golpe en el estómago a Caín.

—Un golpe bajo para el líder de una secta —comentó Caín, con la voz sin aliento por el golpe.

—¿No se acuerda de mí? —preguntó la figura, mientras se quitaba la máscara.

—No sé quién eres, pero estoy seguro de que me acordaría de un feo como tú —dijo Caín, riéndose.

—Ya suéltame, no conseguirás nada de mí. No doy regalos ni cumplo deseos. Mi mayor habilidad es quejarme del precio de la comida,

sobre todo cuando antes todo costaba un diente —comentó Caín, quien se rio nuevamente.

El hombre le agarró el rostro con firmeza.

—Ni una sola arruga... Es como si hubiera sido ayer cuando lo vi por primera vez. Pero yo sí crecí. Soy Duván, ese niño que lo vio a usted, hace treinta años, besándose con mi madre.

El líder pidió que soltaran a Caín.

—No me puede decir que ya olvidó a mi madre, una mujer que por veinticinco años se lamentó por su inexplicable huida, y que no tuvo más remedio que volarse los sesos frente a su hijo, que la estuvo apoyando en toda su crisis —dijo Duván, apuntándole con un arma a la cabeza.

—Definitivamente, te estás confundiendo —respondió Caín.

—Estoy seguro de que las mujeres terminan felices después de estar conmigo —bromeó, provocando una furia inmensa en Duván. Este tomó el fusil y lo descargó en la cabeza de Caín.

—Eso va a dejar una marca... —alcanzó a decir Caín antes de desvanecerse por el disparo fulminante en la cabeza.

De la oscuridad, emergió una luz, acercándose a Caín.

—Ya van quinientas veces que te veo, y sigues siendo igual de impresionante —comentó Caín, mientras la luz le extendía una mano. Intentó tomarla, pero una fuerza lo empujó hacia el vacío de la oscuridad. Pequeñas brisas rozaban su piel, provocándole una ligera molestia.

Y entonces despertó:

—Gracias al de arriba, no me sepultaron como la última vez. Fue horrible quitarse la tierra y los gusanos de los oídos.

Se levantó y miró a su alrededor.

—Esos infelices me dejaron muy lejos de mi hogar. Primero molestan, y ahora tengo que caminar hasta casa.

Caín se rascó la cabeza con fastidio. Estaba a 12 kilómetros de su hogar y no tuvo más remedio que caminar, algo que odiaba. Sus pies le dolían, pero no se quejaba. Parecía una sombra errante, inconsciente y solitaria.

—Esta es una caminata de muerte —dijo, dejándose llevar por el viento que lo acompañaba. De repente, tropezó y su rostro chocó bruscamente con el suelo.

—Lo que me faltaba, una piedra. Ya ni caminar hago bien —reclamó enfurecido, pero notó que la “piedra” tenía pelo, dos orejas y un hocico.

—¿Qué hace un perro en medio de la nada, acostado como un pendejo, haciéndome caer? —dijo Caín, sacudiéndose el polvo—. Aunque, la verdad, no fue tu culpa; yo fui el pendejo que andaba en las nubes.

Caín tomó al perro, que temblaba de hambre, y lo llevó a su casa. No podía creer lo que había hecho; nunca había mostrado compasión, mucho menos por un animal.

Al llegar, todo estaba tal como lo había dejado, pero ahora olía a pescado podrido; incluso, unas moscas revoloteaban alrededor del plato que había abandonado cuatro días antes.

—Qué horrible olor —dijo Caín, tapándose la nariz con el cuello de su camisa.

Tomó el plato, pero, debido a una debilidad en su muñeca, lo dejó caer. En la caída del recipiente, se cruzó el perro. Como si fuera una cuchilla, el plato atravesó el cráneo del animal. El perro chilló, provocando un leve sobresalto en Caín. Se desplomó en el suelo, dejando escapar su último aliento. “¿Qué acaba de pasar?”, pensó Caín, atónito ante la muerte del animal, que iba a ser un nuevo amigo. Caín se quedó inmóvil unos minutos, en *shock*. Después, tras sepultar al perro, salió a tomar aire.

—¿Cuándo será el día en que pueda morir? —dijo Caín, suspirando profundamente. De pronto, una persona se acercó y le tocó el hombro.

—Quizás yo pueda ayudarte —dijo el extraño.

Caín lo miró confundido, pero no dijo nada. Cuando intentó seguir caminando, el hombre lo detuvo.

—Lo digo en serio. Sé quién eres y lo que has hecho.

Caín se quedó inmóvil, mirando los pies del hombre. Con la mano derecha, el desconocido sacudió a Caín y le dijo:

—Yo puedo liberarte del pecado que cometiste hace más de cinco mil años.

Caín lo miró, extrañado. El hombre le resultaba familiar, pero no podía recordar de dónde lo conocía. De su espalda salía un resplandor que no parecía humano.

—Tú no eres de este mundo, ¿verdad? —dijo Caín, confundido.

El hombre soltó una leve risa.

—Así es, soy un ángel, pero no puedes saber mi nombre.

Esto inquietó a Caín. Asintió y comenzó a caminar con él. Mientras recorrían un parque, las luces revoloteaban a su alrededor. Todo parecía un espejismo.

—Lo que estás buscando es fácil de encontrar, Caín. Solo debes pedir perdón —le propuso el ángel.

—¿Pedir perdón? Yo jamás he pedido perdón —respondió Caín, incrédulo.

—Ese ha sido tu mayor error. Tu hermano no merecía morir de esa manera, Caín —comentó el ángel, con furia en el rostro, y añadió:

—Tú no podías decidir su destino.

—Mi hermano era solo un borrego; tarde o temprano le hubiera pasado algo así. Deberías saberlo, eres un ángel —replicó Caín, sin dar demasiada importancia a la situación.

El ángel lo tomó del cuello y lo levantó. Dos alas brotaron de su espalda y, sacudiéndolas bruscamente, se elevaron. Por primera vez en mucho tiempo, Caín sintió miedo. Sus ojos solo percibían luces que se descomponían en largas líneas. El ángel se detuvo y lo soltó junto a un lago cristalino. Caín nunca había visto un lugar como ese: el cielo tenía un tono verdoso claro, el aire era pesado y cálido, y el suelo expelía un olor agrio, pero reconfortante.

—¿Dónde estamos? —preguntó Caín mientras admiraba el paisaje.

—Buscabas ser libre, ¿no? Aquí es donde puedes empezar —comentó el ángel, mientras tocaba el agua del lago—. Este es el lago de tu pena.

Caín se rio y dijo:

—¿Pena de qué? Yo no vivo penas, yo vivo placeres.

—Caín, ¿en serio no me reconoces? —dijo el ángel.

—¿Debería saber quién eres? —respondió Caín, tratando de recordar a ese ser.

—Yo soy el centro de tus pesares; soy el que te vio penar por muchos años —dijo el ángel, tocándole el hombro de Caín.

—¡Dejémonos de enigmas y dime quién eres de una vez! —gritó Caín, desesperado.

—Soy el segundo hijo de Adán y Eva, tu hermano, Abel —anunció el ángel.

Caín quedó pálido ante la revelación. Sin pensarlo mucho, corrió a abrazar a su hermano, con los ojos inundados de lágrimas.

—No es posible que pueda verte de nuevo —dijo Caín, aún con lágrimas en los ojos.

—Hermano, yo jamás te culpé por lo que hiciste, pero vi tu sufrimiento desde los cielos —afirmó Abel, mientras le limpiaba las lágrimas a su hermano.

—Lo siento mucho, hermano. No merecías morir, y mucho menos por mis manos. Soy un ser despreciable.

Caín agachó la cabeza.

—Es bueno saber que estás arrepentido; esperaré esto por mucho tiempo. Y ahora serás libre. Solo debes saltar a este lago y dejar tu

cuerpo en este mundo, para ascender al reino de los cielos conmigo
—dijo Abel, señalando el lago.

Caín abrazó a su hermano por última vez.

—Nos vemos arriba —le dijo a Abel.

Entonces, saltó. Sus pulmones se inundaron, pero Caín no se sentía presionado; sabía que, por fin, sería libre y estaría con su hermano y sus padres.

De la oscuridad, una luz se acercó a Caín.

—Mi tiempo por fin ha llegado —dijo Caín, estirando el brazo para alcanzar la luz. La tocó y todo se iluminó, deslumbrando sus ojos.

El sol dejaba ver sus primeros rayos, colándose por las rendijas de la ventana. Caín abrió los ojos y se levantó. Caminó hacia la venta, tomó la manija y la abrió.

—El sol... —dijo Caín, al darse cuenta de que seguía en su casa. Su maldición no había terminado. Después de todo, ser inmortal es para toda la vida...

Jose David Correa Rodríguez